

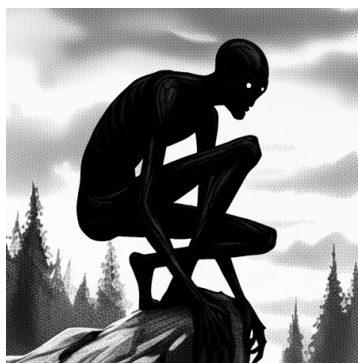
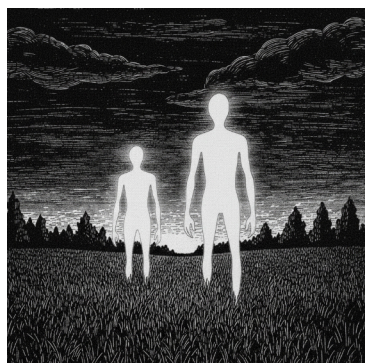


# Pequén

REVISTA PATRIMONIAL Y COMUNITARIA DE RAUCO



## ESPECIAL FOLCLOR MITOLÓGICO DE RAUCO



N° 05  
EDICIÓN ESPECIAL

**FCD**  
Fundación para la Cultura  
y el Desarrollo



¿Quién no recuerda esas historias de miedo que nos contaban de chicos junto al brasero? ¿Esas que nos hacían mirar para todos lados y no nos dejaban dormir en toda la noche? Esas voces de nuestros abuelos, esos relatos que pasan de generación en generación, son los que hoy queremos poner en valor.

Estos últimos años hemos estado recorriendo Rauco, juntándonos con su gente y escuchando sus experiencias. Y qué increíble ha sido descubrir que, sin importar si son jóvenes o adultos, si creen o no creen, si estudiaron en la universidad o no... todos en nuestra querida aldea guardan por lo menos una historia inexplorable para contar. ¡Es maravilloso!

Esto nos llevó a pensar, ¿por qué no amplificar esas voces? Pero la siguiente pregunta fue, ¿cuál es el momento más adecuado? ¡En Halloween! Entendemos perfectamente que esta festividad poco y nada, al menos en su dimensión comercial y estadounidense, tiene que ver con nuestra identidad. Sin embargo, dado el entusiasmo que despierta, sobre todo en los más jóvenes, concluimos que era la ocasión ideal para acercarnos a la comunidad este patrimonio oral.

En octubre, cuando las calles se van poblando de calabazas, brujas y fantasmas, hay una mayor apertura e interés genuino en los relatos extraordinarios. Por eso creemos que es la oportunidad perfecta para que los rauquinos se reencuentren con estas historias que, aunque no lo parezca, también son parte de lo que somos.

Ahora bien, queremos contarles cómo trabajamos con estos relatos. Nosotros afirmamos que son reales. Sin embargo, cuando decimos que son "reales", no nos referimos a haber visto seres que podamos fotografiar o que no podemos abrirnos a otras interpretaciones, sino a algo más profundo. Tenemos la certeza absoluta de que hay personas de carne y hueso en Rauco, vecinos, amigos, familiares, que vivieron estas experiencias y las compartieron con total convicción y generosidad con nosotros. Nuestro punto de partida no es juzgar la veracidad de los hechos relatados, ni mucho menos a quien los narra, sino agradecer la confianza depositada en nosotros para abrir experiencias que para muchos resultaron traumáticas. Por eso hemos decidido publicar cada historia de forma anónima.

Con cada una de las personas hablamos personalmente, les hicimos preguntas, los escuchamos atenta-

mente y observamos sus gestos. Tomamos nota de los nombres de sus seres queridos que también fueron testigos. En muchos casos, una misma historia nos la contaron varias personas, lo que nos permitió armarla como un rompecabezas. No estamos aquí para decirles qué creer, sino para mostrarles que estas narraciones, más allá de cómo se interpreten, forman parte verdadera de la vida de nuestra comunidad. Son reales en su consecuencia, en su memoria, en el modo en que han ido tejiendo la identidad de Rauco.

Como se imaginarán, con el espacio limitado de una revista, tuvimos que hacer una selección difícil. Muchas historias se quedaron en el tintero, y otras aparecen con menos detalles de los que nos hubiera gustado.

Nuestro objetivo era ofrecer un panorama diverso, con experiencias que pudieran maravillar por igual a grandes y chicos. En ese sentido, tomamos la decisión de dejar de lado deliberadamente algunas leyendas más conocidas, como aquella que advierte sobre los peligros de insultar a los Tue-Tués, para dar espacio a relatos menos difundidos, pero igual de valiosos.

Esto no significa, para nada, que esas historias populares sean menos importantes. Se trata simplemente de buscar un equilibrio, de ampliar el mapa de nuestro imaginario y dar a conocer nuevas voces junto a las que ya resuenan en la memoria colectiva.

Estas narraciones no son solo entretenimiento, son parte constitutiva de nuestra memoria histórica y patrimonio cultural. Por eso soñamos con que llegue el día en que veamos disfraces de la Animita de Rauco, de El Cuero, del Diablo chileno o de cualquier otro ser de nuestra fauna mitológica local. Esta es una invitación abierta a apropiarnos de nuestro folclor mágico, a hacerlo nuestro otra vez.

Esperamos que esta edición sirva de chispa para encender muchas conversaciones. Que estas páginas sean el compañero ideal junto a un mate, propiciando el diálogo familiar o entre amigos, y que el recuerdo de nuevas historias fortalezca aún más nuestros lazos comunitarios. Al final de cuentas, de eso se trata, de mantener viva la llama de nuestra narrativa colectiva, de seguir construyendo comunidad en torno al fogón de las palabras.

*¡El Pequén (¿o el Tue-Tué?) despliega sus alas y está listo para volar!*

EDITADO POR

**FCD**

Fundación para la Cultura  
y el Desarrollo

**Equipo editorial**

**Director:**

Mario Moreno

**Editores:**

Fernanda Moreno  
Gabriel Morales

**Colaboradores:**

Liderazgo Nativo

**SÍGUENOS  
NUESTRAS  
REDES  
SOCIALES**

@fculturaydesarrollo



www.fpcd.cl

FINANCIADO POR LA CONVOCATORIA 2025 DE  
APOYO A LOS PUNTOS DE CULTURA COMUNITARIA



El folclor mitológico forma parte esencial de las tradiciones del Chile profundo, especialmente del mundo rural donde se modelaron muchos de los rasgos culturales que aún nos identifican. Las historias que pueblan ese imaginario nacieron del encuentro entre las cosmovisiones de los pueblos originarios y las creencias católicas traídas por los colonizadores españoles. De esa mezcla surgió una rica religiosidad popular, poblada de mitos, leyendas y personajes que reflejan el pueblo mestizo que hoy somos.

A continuación, proponemos una breve revisión de algunas obras fundamentales que han abordado este Chile mágico y mitológico, con el propósito de invitar al lector a internarse por su cuenta en este vasto mundo narrativo donde conviven lo popular, lo sagrado y lo fantástico.

## El mito y la leyenda en la literatura

La primera manifestación escrita de lo mitológico en Chile se encuentra en el poema épico *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, una obra que, como sostiene Hugo Montes, se vincula con el nacimiento de nuestro país. En su canto XXIII, Ercilla introduce al hechicero Fitón, un anciano que vive en una cueva bajo la cordillera de Nahuelbuta y posee una esfera flotante llamada "poma", capaz de revelar el futuro. Este episodio marca el punto donde, por primera vez, los elementos fantásticos se entrelazan con la historia del territorio chileno.

Siguiendo esta fusión entre lo histórico y lo legendario, uno de los grandes relatos míticos de Chile es el de *La Ciudad de los Césares*: una ciudad legendaria, oculta en los confines australes, que se imaginaba repleta de riquezas y habitada por descendientes de conquistadores perdidos. Esta fascinante leyenda inspiró una rica tradición literaria a lo largo del siglo XX.

La primera novela en abordar el mito fue *La Ciudad de los Césares* (1936) de Manuel Rojas, que centra su relato en Onaisín, un joven aborigen de Tierra del Fuego. Pocos años después, Luis Enrique Délano publica *En la ciudad de los Césares* (1939), donde un grupo de expedicionarios desaparece sin dejar rastro. Posteriormente, Hugo Silva cierra este ciclo con *Pacha Pulai* (1945), obra en la que el teniente Alejandro Bello —inspirado en el aviador real desaparecido en 1914, uno de los grandes misterios nacionales— descubre una ciudad detenida en el tiempo, aún fiel a la corona española.

Finalmente, en 2015 se publicó *El viaje de Antón Páez a la Ciudad de los Césares* de Pedro Prado, texto escrito en 1923, es decir, con anterioridad a la obra de Rojas. La obra estructura la his-

toria como el diario de una expedición chilota.

El conjunto de estas recreaciones demuestra el temprano y persistente interés que despertó el mito en la imaginación literaria nacional.

Más allá de este mito fundacional, otros autores se adentraron directamente en el imaginario sobrenatural local. Un ejemplo notable es el cuento *El hombre de la rosa*, de Manuel Rojas, que narra la llegada de un grupo de frailes va a Osorno. La rutina de uno de ellos se ve alterada por la aparición de un personaje misterioso que practica magia negra, desafiando sus creencias. Con esto, Rojas incorpora elementos de la mitología popular chilena, como brujos y poderes mágicos, mostrándolos como una parte cotidiana de la vida en el pueblo.

En una línea similar, Baldomero Lillo explora el folclor mitológico en su cuento *La chascuda*. En esta obra, Lillo narra cómo un juez de distrito investiga las leyendas sobre una misteriosa criatura mitad hombre, mitad mujer, que aterroriza a los viajeros. Aunque el relato culmina sin una revelación sobrenatural, logra mantener una atmósfera de misterio y tensión que hunde sus raíces en la mitología popular.

No podemos cerrar sin mencionar a Carlos René Correa, poeta e hijo ilustre de Rauco. En *Biografía de una Aldea* incluye varias referencias al folclor mitológico local: *la Animita de Rauco*, cuyo final no es sobrenatural; *El Capacho*, un brujo y "meico" que receta yerbas a los enfermos que de noche se transformaba en Tue-tué; y *Murciélagos*, donde un murciélago se convierte en un ser monstruoso que explota, liberando lagartos que una bruja recoge.

Pero estos mitos no solo han inspirado a la literatura; también han sido objeto de estudio y recopilación metódica.

## Mitos recogidos de la tradición oral

Desde comienzos del siglo XX, diversos investigadores se dedicaron a rescatar y estudiar sistemáticamente el patrimonio mitológico oral de Chile. Entre los pioneros destacan Julio Vicuña Cifuentes y Ramón Laval, cuyas investigaciones en la Sociedad de Folklore Chileno sentaron las bases para la recopilación del acervo popular.

Una obra fundacional en este campo es *Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena* (1915) de Vicuña Cifuentes. En sus más de 300 páginas, el autor recorre la fauna mitológica y las creencias del pueblo, constituyéndose en uno de los primeros esfuerzos por sistematizar estas historias en un solo volumen.

Posteriormente, en 1973, el folclorólogo Oreste Plath publica su *Geografía*

*del mito y la leyenda chilenos*, obra fundamental que cartografía la diversidad mitológica de cada región del país. Plath recopila historias y leyendas locales de numerosas fuentes, estableciendo un referente ineludible del que, en mayor o menor medida, son herederos todos los autores posteriores.

Desde una perspectiva más contemporánea y académica, la antropóloga Sonia Montecino aporta una obra monumental con *Mitos de Chile: Enciclopedia de seres, apariciones y encantos* (2015, reeditada en 2017). Esta enciclopedia de más de 700 páginas sintetiza y profundiza todo lo escrito hasta el momento, integrando además tradición oral y otras fuentes, consolidándose como el estudio más definitivo y exhaustivo en la materia.

Para una introducción accesible, *Mitos y leyendas de Chile* (1992) de Floridor Pérez ofrece un recorrido por el imaginario popular en lenguaje sencillo. Su fácil acceso lo confirman como la puerta de entrada favorita de generaciones de lectores.

En un registro contemporáneo, Francisco Ortega ha consolidado una trilogía esencial que revisita el folclor nacional para el lector actual. *Dioses chilenos* (2018) explora figuras míticas del centro y sur de Chile, mientras que *Alienígenas chilenos* (2020) expande el mito al terreno extraterrestre. Cerrando la serie, *Tesoros chilenos* (2025) explora leyendas de riquezas ocultas. Juntos, estos libros fusionan crónica y narrativa para ofrecer una mirada fresca y periodística sobre el imaginario colectivo de Chile.

## Palabras finales

El folclor mitológico no son solo historias o explicaciones de lo desconocido, sino una parte fundamental de nuestra identidad. Es, con seguridad, lo más propio que tenemos. La narrativa del pueblo mestizo chileno, *destellos de un habitar poético* de nuestra tierra.

En una época en que éramos mayoritariamente inquilinos y analfabetos, supimos crear un universo simbólico, poético y literario, lleno de sentido. Aún en las condiciones más adversas, la creatividad popular halló la forma de manifestarse. Este legado es el regalo más valioso que hemos heredado.

La invitación, entonces, es a escuchar a quienes aún son guardianes de estas historias y a buscarlas en los libros y cuentos aquí mencionados. Porque la relevancia de estos relatos no radica en su veracidad, sino en que son nuestros. Y en un mundo crecientemente globalizado, dominado por el consumo y cada vez más homogéneo, lo único que realmente nos pertenece es nuestra historia compartida.

## COMPENDIO DE MITOS Y LEYENDAS RAUQUINAS

A continuación presentamos una serie de relatos recogidos de la tradición oral rauquina. La mayoría de estas historias han sido narradas por personas de la comuna de Rauco, quienes afirman haber vivido estas experiencias en primera persona. Salvo un par de ellas, que nos fueron traspasadas por familiares o conocidos, todos estos testimonios constituyen un valioso fragmento de nuestro patrimonio cultural, un legado narrativo que forja parte fundamental de nuestra identidad local.

### SERES Y CRIATURAS

#### El cuero de la laguna del maicillo

De acuerdo con las narraciones populares, el *Cuero* es un ser mitológico caracterizado como una piel o cuero de vacuno que habita en cursos de agua dulce. Su método de ataque consiste en envolver y posteriormente devorar a las personas que se encuentran en las proximidades o dentro del agua.

En Rauco hay una historia olvidada al respecto. Se cuenta que hace mucho tiempo un criancero que, tras bajar del cerro, buscó un lugar para descansar junto al estero. Al ver un cuero de vaca extendido en la orilla, pensó que era un lecho perfecto. "¡Ah! Aquí me voy a pegar una siestecita antes de seguir", exclamó. Sin embargo, lo que el hombre ignoraba era que aquel cuero poseía una vida propia. En el instante en que se recostó sobre él, la criatura se enrolló con fuerza violenta, envolviéndolo por completo para después succionarlo hacia la corriente. Del criancero, nunca más se supo.

Pero esta no es la única historia. También se dice que la antigua Laguna del Maicillo, un balneario popular y muy concurrido en otros tiempos, era el hogar de un Cuero escurridizo y temido. Entre los rauquinos se decía que había que tener extremo cuidado al in-

ternarse en sus aguas más profundas. Los padres solían advertir a sus hijos sobre la peligrosa presencia de aquel ser mítico, advirtiéndoles que jamás debían acercarse solos al agua.

El Cuero, siempre al acecho, atrapaba a los incautos por un pie y los hundía sin piedad. Tanto era el miedo, que cada muerte en esas aguas se le atribuyó por siempre al Cuero de la Laguna del Maicillo.

#### El culebrón\* del cementerio

El cementerio de Rauco es de una antigüedad respetable. No se conoce con certeza la fecha exacta de su fundación, aunque se cree que data de fines del siglo XIX, lo que le daría más de ciento cincuenta años.

En el centro del camposanto se alzaba un árbol añoso, de tronco carcomido por el tiempo. Se decía que en su interior habitaba un culebrón, quizás tan antiguo como el mismo árbol. Según la creencia popular, la criatura se alimentaba de los cuerpos de quienes descansaban allí. Más de una vez aseguraron haberlo visto deslizarse con rapidez entre las lápidas, provocando gran desasosiego entre los familiares que visitaban a sus difuntos.

La historia cuenta que cierto párroco, decidido a acabar con aquella presencia inquietante, urdió no se sabe qué artimañas para acorralar al esquivo animal. El culebrón, en su huida, trepó hasta la copa del árbol.

Dicen que media poco más de medio metro y que su cabeza era tan grande como la de un gato. El sacerdote, firme en su propósito, prendió fuego al viejo tronco. Allí, entre las llamas, pereció la criatura junto con su morada de tantos años.

Todavía hoy, en el centro del cementerio, puede distinguirse el lugar donde aquel árbol echó raíces y donde, según la memoria popular, se ocultaba el misterioso culebrón del cementerio de Rauco.

#### El observador del Tranque

El Tranque de La Palmilla siempre ha sido un lugar concurrido por campistas y excursionistas. Una tarde, un grupo de amigos decidió celebrar allí un cumpleaños. Dos de ellos se adelantaron para preparar el asado, instalándose cerca del riachuelo que baja desde la quebrada.

Mientras caía la noche, notaron que les faltaba sal. Dudaban si ir o no al pueblo, cuando un estruendo proveniente del cerro los paralizó: algo enorme descendía entre los matorrales, arrasando con todo a su paso. Asustados, tomaron aquello como una señal y decidieron marcharse.

Se fueron en la parte trasera de una camioneta y, al mirar hacia el lugar donde preparaban la celebración, distinguieron sobre una roca una figura inmóvil, en cuclillas, de patas largas y postura tensa. Los observaba en silencio. Antes de que pudieran reaccionar, la criatura se movió rápidamente hacia un costado.

El pánico los obligó a bajarse del vehículo en medio del camino. Más tarde se encontraron con sus amigos, quienes los hallaron pálidos y temblorosos. Al volver juntos al lugar, no hallaron rastro alguno. Solo quedó la certeza de que algo los había estado observando.

#### El Tué-Tué de la ventana

Era una calurosa noche de verano, pasada ya la medianoche, cuando un fuerte revoloteo en la ventana de la pieza despertó a un rauquino. El batir de



*\*Nota: En la tradición oral chilena, muchas criaturas se entrelazan. Quienes relataron esta historia la identifican como un "culebrón". Sin embargo, por sus características —su cabeza de gran tamaño y su asociación con un árbol añoso—, es posible que se trate de un pihuchén, un ser de la mitología local que se describe como una serpiente transformada, a veces con rasgos de ave y de hábitos nocturnos. Hemos decidido mantener el relato fielmente, tal como ha sido transmitido según la tradición oral en Rauco.*



alas se intensificó poco a poco, acompañado por el inconfundible grito del tutetué, que retumbaba con insistencia en la oscuridad.

Al principio lo dominó el desconcierto, pues, como todo buen rauquino, conocía el augurio funesto que se atribuye a esas aves. Pensó que sería algo pasajero, pero el canto persistente y el revoloteo incesante lo sumieron pronto en un temor profundo.

El miedo fue tan grande que no se atrevió a mirar por la ventana. Salió entonces de su habitación en busca de amparo, y solo la santiguada de su madre logró devolverle la calma ante una aparición tan inquietante.

## EL DIABLO

*El Diablo en la tradición campesina chilena se describe como un hombre elegantemente vestido de negro, con prominentes dientes de oro. También adopta formas de animales, “bultos” negros o se manifiesta a través del fuego, para revelar su poder maligno.*

### Animales negros

Cuando las calles de Rauco eran de tierra y no existía alumbrado, la noche se volvía profundamente oscura. Quienes se aventuraban a salir en aquella penumbra a veces encontraban animales de un negro intenso que aparecían de pronto en su camino.

Podían ser chanchos con crías, caballos, mulas o, como le sucedió a una familia de El Llano de regreso a su casa —a la altura de lo que hoy es la Población Don Ignacio—, una gallina negra seguida por una interminable hilera de pollitos.

Lo mismo vivió un hombre al cruzar el puente Quilpoco. Más osado, tomó una de aquellas gallinas y la guardó en su bolso. Pero al llegar a casa y revisar, no encontró nada: el animal había desaparecido sin dejar rastro.

### Un hombre elegante

En el lugar que hoy ocupa la calle Padres Trapenses, frente al estadio de Rauco, se extendía hace muchos años un angosto callejón por donde solo se podía transitar a caballo o a pie hacia el sector entonces conocido como Potrero el Bajo, un sitio de recreo habitual para las niñas y niños de la época.

Por aquellos tiempos se contaba que, al caer la noche, en aquel callejón se aparecía un hombre de elegante vestimenta y sonrisa de dientes brillantes, quien invitaba a los transeúntes a jugar y a participar en fiestas con mujeres hermosas y buen licor.

Con el tiempo, nadie quiso volver a pasar por allí, pues se decía que aquel misterioso hombre no era otro que el

mismísimo Mandinga.

### El Carruaje Nocturno

En ciertas fechas de mal agüero, cuando la noche comenzaba a caer sobre el Rauco de antaño, las calles se vaciaban por completo.

Los habitantes del pueblo sabían que en esas noches aparecía una carroza fúnebre antigua, tirada por caballos negros, que recorría a toda velocidad la calle Balmaceda para después regresar. El estruendo de su marcha traía consigo relinchos y risotadas.

Una noche de invierno en *Las Quebradillas* del Llano, un estruendo como de tren despertó a todo el sector. Quienes miraron por sus ventanas vieron pasar una carreta con ruedas de fuego y caballos negros que no tocaban el suelo.



### El fuego del demonio

Otra manifestación que los antiguos rauquinos atribuían a las acciones del *maligno* era el fuego que, de manera repentina, aparecía en los caminos.

Algunos aún recuerdan cuando el enorme maitén del callejón Los Zorros ardió intensamente frente a sus ojos. Lo curioso es que, al día siguiente, el árbol y sus alrededores estaban intactos, como si nada hubiera ocurrido.

Algo similar le sucedió a un joven que transitaba hacia El Llano. A la altura de la Población Don Ignacio, el camino y las moras del borde comenzaron a arder sin causa aparente. Le fue casi imposible cruzar el camino.

Una experiencia parecida vivió un antiguo cantor que caminaba de noche por Orilla de Ponce. Se decía que, cerca de unos grandes álamos, “aparecía el Diablo”. Su sorpresa fue mayúscula al ver cómo, de pronto, los árboles se encendieron con gran fuerza. Salió corriendo de ahí despavorido.

La última historia de esta naturaleza ocurrió en el interior del callejón

Domingo Santa María, cerca de una conocida casa patronal. En más de una ocasión, trabajadores del fundo afirmaron haber visto cómo, en la oscuridad de la noche, se encendían los árboles y las moras del camino. Y, al amanecer, como en todas las historias anteriores, no quedaba rastro alguno del incendio.

## EXTRAÑAS APARICIONES

### Una silueta sobre el estero

Esta historia transcurrió en una neblinosa noche de invierno, cuando tres amigos se reunieron a compartir una cajita de vino en la zona en altura del sector del puente Cimbra, frente al cauce del estero, un lugar que por entonces aún era accesible.

La panorámica del entorno era sombría: una densa neblina se desplazaba sobre el agua, confundiendo todo. Sin embargo, en un momento advirtieron algo extraño: una silueta blanca, definida y distinta de la bruma habitual. Uno de ellos la recuerda como la figura de una persona cubierta por un manto blanco, en el que se distinguían la cabeza, los hombros y el resto del cuerpo quedaba oculto.

Lo más inquietante fue lo que ocurrió después. Aquella silueta, que desde la distancia parecía de gran tamaño, cruzó flotando el estero en dirección al llamado “camino antiguo”... y se desvaneció.

El impacto fue inmediato: los tres amigos huyeron despavoridos, con el terror calándoles los huesos.

### El puente equivocado

En aquellos años en que los smartphones y el internet aún no formaban parte de la vida cotidiana, un joven rauquino llamó por teléfono a un amigo para saber dónde se reunirían ese fin de semana.

—Estamos en el puente —le respondieron.

El asumió que se trataba del puente Cimbra, el lugar habitual de encuentro. Sin embargo, aquella vez los amigos estaban en el otro puente: el Maicillo.

Confiado en la información, partió raudo al Cimbra. Al acercarse a la entrada, escuchó risas, jolgorio y animadas conversaciones en el sitio donde siempre se juntaban. “*Aquí están*”, pensó. Cruzó el puente, que crujía y se balanceaba como de costumbre... pero, para su sorpresa, no había nadie.

Extrañado y con creciente inquietud, decidió volver sobre sus pasos. Fue entonces cuando lo vio: una silueta humana apareció en medio del puente. Solo podía distinguir el torso, los brazos y la cabeza. Nada más.

El espanto lo hizo correr desesperadamente en dirección opuesta. Atravesó el camino de servidumbre del Cimbra, luego la calle pedregosa que rodea el cerro, hasta llegar jadeante al Maicillo. Allí, al fin, encontró a sus amigos. Les relató lo sucedido, todavía angustiado y sin aliento.

Esa noche prefirió volver a su casa con una experiencia que aún no puede comprender.

### Los “Zanquistas” de La Aurora

Era una noche rauquina de principios de la década del dos mil, cuando un grupo de vecinos se reunió para organizar una actividad en beneficio de alguien que lo necesitaba. Al terminar, hubo que llevar a una de las participantes de regreso a su casa, cerca del sector conocido entonces como *La Aurora*.

En aquellos años, aunque ya entrado el milenio, la modernidad no llegaba del todo a Rauco. La carretera J-60 tenía postes de luz, sí, pero apenas iluminaban unos metros; más allá reinaba la oscuridad profunda del campo.

Dos participantes se ofrecieron para acompañarla en auto. El camino transcurría tranquilo, hasta que, casi al llegar a destino, vieron algo que hasta hoy no logran explicar. Eran figuras antropomorfas enormes, brillantes, que avanzaban con paso firme entre los campos. Medirían al menos dos o tres metros de altura. Los testigos los llamaron “zanquistas”, quizás porque en esa época la disciplina de los zancos había ganado popularidad en Rauco, y esa fue la única comparación posible.

La reacción fue inmediata: el vehículo dio la vuelta, dejó rápidamente a la pasajera en su casa, y regresó a toda prisa hacia el pueblo. Hasta hoy, ninguno de los que iban en ese auto ha encontrado explicación para lo que vieron aquella noche.

### Las tres niñas del Peñón

El Peñón era un sector del estero que pasa por el Puente Cimbra donde las aguas alcanzaban su mayor profundidad. Se localizaba poco más arriba de la salida del callejón El Bolsico, y su nombre hacía referencia a una enorme roca que se alzaba en la orilla del caudal.

Cuentan que en ese lugar solían aparecer tres jóvenes niñas bañándose en la corriente, cuyo encanto cautivaba de inmediato a todo hombre que se atreviera a observarlas.

### La Sirena de El Parrón

En el sector de El Parrón se oculta una laguna de profundidad insondable, conocida por los lugareños como el *Ojo de Mar*. Se dice que sus aguas oscuras no tienen fondo.



Desde hace tiempo corre la leyenda de que, en sus orillas, aparece una mujer joven de belleza sobrenatural, que invita a los hombres a unirse a ella. Se deja ver solo en contadas ocasiones, y muchos creen que proviene desde las profundidades del océano.

Quienes han tenido la fortuna de divisarla, aseguran quedar maravillados ante su enigmática presencia.

## LUGARES ENCANTADOS

### Callejón barbarismo

El Callejón Barbarismo acumula historias capaces de poner nervioso hasta al más valiente. Los trabajadores más antiguos de los fundos aseguran haber escuchado ruidos extraños y

hasta llantos de guaguas en la noche. Cuentan que la cruz del cerrillo se colocó precisamente porque en ese lugar penaba mucho, incluso se dice que por allí aparecía una novia.

Al ser un lugar oscuro, con poca iluminación y casi sin vecinos, el callejón también atrae a parejas que buscan intimidad. Una de ellas conversaba dentro de su auto cuando, de repente, sintieron que algo grande y pesado se subía al maletero. El vehículo se hundió por detrás y luego volvió a su posición. Sin mediar palabra, el pálido dijo: “Vamos”. Encendieron el motor y se alejaron sin mirar atrás. Después supieron que otros habían vivido lo mismo.

También se cuenta que una tarde lluviosa y oscura del invierno de antaño, un niño caminaba hacia la entrada del callejón en la ruta J-60 para esperar a su madre, que venía desde Curicó en la micro de Don Manducho. Casi al llegar, justo donde se alza un gran eucaliptus, divisó una pequeña silueta humanoide cruzando la calle con absoluta tranquilidad. El susto fue tan grande que, al encontrarse con su madre, rompió en llanto.

### Fundo Santa Dolores

Que en otros relatos se mencione el sector de la Villa Don Ignacio no es casualidad. Quienes han vivido siempre en El Llano recuerdan que allí se alzaba el Fundo Santa Dolores. Sus enormes puertas de fierro se emplazaban a la orilla de la calle, ubicadas justo donde todavía hay un puente que cruza el pequeño canal de regadío. Ese preciso lugar se convirtió en escenario de sucesos extraños que hicieron temblar a más de un llanino.

En una ocasión, un hombre vio durante la noche a dos niños vestidos de blanco, tomados de la mano. Cruzaron la calle y entraron a un potrero por el costado de un sauce, donde había una pasada. El hombre los siguió durante un par de minutos, extrañado de ver niños solos a esa hora, pero desaparecieron sin dejar rastro.

Otra aparición ocurrió cuando un hombre viajaba en su camioneta hacia El Llano. Al pasar frente a las puertas de fierro, divisó por el retrovisor a una mujer rubia y pálida, vestida de novia, sentada en el asiento trasero. Avanzó apenas unos metros y la figura se esfumó. Llegó a su casa pálido y se acostó de inmediato, sin poder borrar esa imagen de su mente.

El más impactante sucedió una noche en que varios vecinos sintieron el ruido de una carreta surcando el cielo, arrastrando cadenas sobre sus techos. Al día siguiente, todos comentaban lo mismo. Por eso, todavía hoy, se aconseja no transitar de noche por ese lugar.



Había llegado a Rauco hacía tres días. Me había tomado ese tiempo para instalarme, aunque no traía muchas cosas, solo lo indispensable para mi corta estadía en esta pequeña aldea rural. Como biólogo, estaba participando en una investigación sobre esteros chilenos y su fauna. Ya había recorrido otras zonas rurales, pero ninguna tan diminuta como esta.

Mi objetivo era simple: recoger una muestra de suelo del estero de Rauco y volver a la capital. Sin embargo, no lo estaba logrando. Bajo el puente Cimbra, el nivel del agua era demasiado bajo. Necesitaba más profundidad para una muestra representativa.

Le pregunté a un hombre que pasaba en bicicleta, y me indicó otro lugar: el puente El Maicillo. Así fue como terminé allí, contemplando el agua turbia con una mezcla de frustración y expectativa.

- *Disculpe, ¿sabe si puedo pasar hacia allá o es propiedad privada? Necesito una parte del estero que sea más profunda* -le pregunté a una señora que barría frente a su casa.

- *Mijito, tiene que bajar por ese lado y pasar por debajo del puente. Si sigue por la orilla del río, llega a una parte que le dicen La Laguna* - me explicó con amabilidad, señalando con la escoba.

- *No lo mande na' pa' allá, vecina* - interrumpió un hombre a caballo - *Ve que andan los cueros...*

La señora lo observó y movió la cabeza como negando y se alejó un poco para continuar con su tarea.

- *Es difícil llegar hasta allá por la maleza... pero igual no debería ir. Se han ahogado varios cabros por ese lado. Dicen que se los llevan los cueros* - añadió, ahora

mirándome fijamente desde la altura de su montura.

Agradecí los consejos con una sonrisa condescendiente y caminé hacia mi auto. Volví a la casa donde me alojaba e hice mis cosas con calma. Ya acostado, rememoré mi encuentro y volví a pensar en lo que el señor a caballo había dicho. Los cueros. El nombre resonaba en mi mente. Por curiosidad, abrí el computador y busqué información.

Lo que encontré fue inquietante.

"El Cuero": un ser mitológico, asociado a un wekufe o espíritu maligno. Se decía que era una piel de animal que, al ser lanzada al agua, cobraba vida. Se arrastraba por los ríos en busca de presas, atrapando animales y, en casos más siniestros, también personas.

Entonces lo recordé. De niño, tenía una carta del juego Mitos y Leyendas con ese nombre: Cuero. Me reí. Siempre me había parecido ridículo que la gente creyera en esas cosas.

A la mañana siguiente partí nuevamente al Puente El Maicillo. El aire estaba frío, aunque el sol asomaba tímidamente: era primavera, pero aún se sentía el invierno en los huesos. Con mi equipo a cuestas, avancé por la senda hacia la zona conocida como Laguna Grande. El camino era difícil; la vegetación había crecido de forma salvaje, ocultando antiguas huellas de paso. Algunos vecinos me habían dicho que, tiempo atrás, ese lugar era un balneario concurrido. Ahora solo quedaban maleza, zarzamoras, ramas secas y un extraño silencio.

Finalmente, llegué a un claro junto al estero. Me puse el equipo y me coloqué los lentes para sumergirme, tal

como me habían recomendado. El agua estaba algo sucia, turbia. Había algo inquietante en el ambiente. Un silencio espeso, casi antinatural, solo interrumpido de vez en cuando por el lejano canto de algún ave.

Recordé las palabras del hombre a caballo: "*Se los llevan los cueros*". Sonrei para mis adentros. Supersticiones campesinas, pensé. Y sin pensarlo más, me metí al agua.

Recolecté algunas muestras de tierra y algas, que dejé en un frasco sobre la orilla. Decidí que era mejor explorar una zona más profunda y luego volver por el equipo de muestras, así me aseguraba de encontrar un lugar propicio antes de cargar con el equipo. Tuve que nadar varios metros para llegar a un sector hondo. Antes de sumergirme, me detuve a observar el paisaje: silencio sepulcral, una cuerda vieja colgaba de un sauce, balanceándose suavemente con la brisa. Me quedé mirándola, absorto, cuando sentí que algo rozaba mi pie.

- *Lama* - murmuré, con calma.

Pero en ese instante, algo me tiró con fuerza.

Pensé que era una rama o una corriente extraña. Pero el tirón no se detuvo. Sentí cómo algo me sujetaba, no solo el pie, sino también la pantorrilla, y comenzaba a envolverme. Una presión viscosa se aferraba a mi pierna con firmeza.

Traté de liberar mi pie, pero un segundo jalón me sumergió por completo. El agua inundó mis fosas nasales. Me retorcí, pataleé, golpeé el agua con fuerza, pero algo me arrastraba hacia el fondo. No era una corriente. No era lama. Era algo... con intención.

Ya no podía gritar: cualquier intento de abrir la boca solo hacía que tragara más agua. Mis brazos se agitaban en vano. Un zumbido comenzó a llenar mis oídos. El pecho me ardía. No podía respirar. Estaba perdiendo el control.

Algo - blando, húmedo, frío - comenzó a subir por mi cuerpo. No era una cuerda ni una tela. Se sentía... como piel. Como una manta viscosa que se enroscaba en mí desde la profundidad. Me apretaba la cintura, luego el pecho. Me estaba envolviendo.

Luché, pero mis fuerzas comenzaban a desvanecerse. El sol, allá arriba, era apenas un halo borroso sobre la superficie. Quise gritar, inútilmente. Mi boca se llenó de agua. El ardor en los pulmones era insoportable.

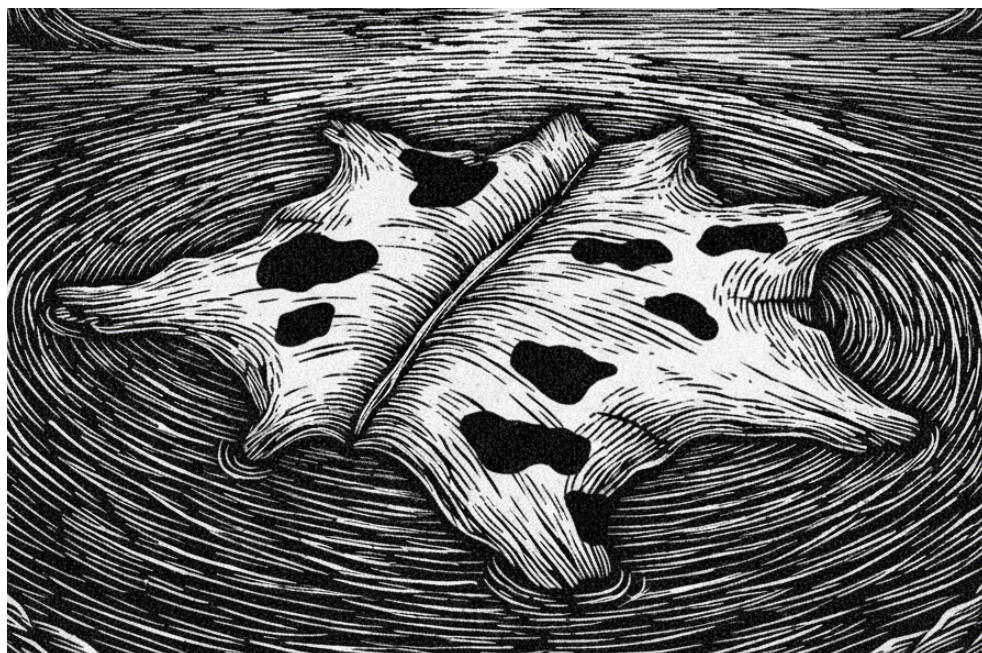
Con lo último de mi conciencia, abrí los ojos. Apenas podía ver. Pero ahí estaba... eso. Oscuro, liso. No tenía forma definida, pero se sentía vivo. Y me estaba tragando.

Y entonces lo supe.

No era un mito.

Era real.

El Cuero.



## HISTORIAS DE OVNIS

*En Rauco, como en otras zonas rurales, los relatos de ovnis se han vuelto parte del imaginario local. Aquí se cuentan historias de luces que atraviesan el cielo y de objetos imposibles de explicar. Para muchos no es casualidad: aseguran que Rauco es una verdadera "zona caliente", como se denomina en la jerga ufológica a los lugares donde los avistamientos ocurren con frecuencia. Así, los relatos que se narran en la comuna se suman a las viejas leyendas, ampliando el mapa del misterio que rodea la vida campesina.*

### Foo fighters en El Cimbra

En la jerga ufológica, los *Foo Fighters* son descritos como pequeñas esferas luminosas que parecen moverse con inteligencia propia. Su origen es incierto: a veces acompañan avistamientos de ovnis, otras aparecen de manera aislada, sorprendiendo a quienes las ven. No son un fenómeno exclusivo de la modernidad; en la tradición chilena abundan relatos semejantes: las candelillas del valle central - que, se supone, avisan de algún entierro -, las luces malas del sur o los anchimalenes en la cosmovisión mapuche.

Aquí en Rauco también se han visto y las historias más sorprendentes ocurrieron en el Puente Cimbra. Una fría noche de invierno, tres amigos llegaron con una garrafa de vino bajo el brazo y eligieron la parte norte de la pilastra como su rincón para compartir. Apenas habían servido el primer vaso cuando una luz apareció derrepente y quedó flotando junto al camino, en la bajada del desaparecido puente. Giraba rápido y luego quedaba inmóvil, hasta que se internó entre las viñas y desapareció. Nadie pronunció palabra; solo recogieron sus cosas y se fueron a paso ligero.

Pero no era la primera vez. Años antes, otros muchachos compartían tragos en el "VIP", el escondite junto al bosque de eucaliptus del Cimbra. De pronto, apareció una bolita de luz suspendida sobre el estero, moviéndose veloz de un lado a otro. En un parpadeo, salió disparada hacia el bosque y se perdió en la oscuridad.

### Un OVNI en el cerro

A mediados de los años 80, tras un campeonato de fútbol, el equipo vencedor fue invitado a celebrar junto a la máxima autoridad comunal de entonces en el desaparecido restaurante Rapa Nui. Eran cerca de las tres de la tarde cuando, justo al entrar al local, los muchachos se quedaron inmóviles: frente a ellos, en la loma que mira hacia el restaurante, una enorme luz descendía lentamente hasta posarse en plena vista, a plena luz del día.

La claridad del fenómeno permitió ver algo impactante: dentro de aquella luminosidad se movían pequeñas siluetas humanoides, cabezonas, que

caminaban de un lado a otro. Los jugadores, incrédulos, apenas podían respirar, mientras la autoridad, pálida, observaba en igual espanto.

La aparición duró apenas unos minutos. Luego la luz comenzó a elevarse, lenta al principio, hasta perderse en el cielo con gran rapidez. Nadie supo nunca qué fue lo que vieron, pero todos guardaron la misma impresión: aquello no era de este mundo.

### El agricultor y las luces

Era una noche de lluvia invernal, de esas en que el viento enardecido hacía crujir los álamos y rugía sin descanso. Un agricultor, vecino del cerro rauquino, se vio obligado a dejar la seguridad de su casa y salir a tapar con nylon los cultivos recién germinados de la temporada.

De pronto, unas luces intensas se asomaron desde lo alto del cerro y quebraron la oscuridad del campo. No emitían sonido alguno. Avanzaban despacio, con un movimiento parejo, cruzando los cielos en una tensa calma.

El miedo lo paralizó. Soltó todo de golpe; los nylons volaron con el viento y él corrió de regreso a su casa en un santiamén. No quiso asomarse más esa noche. Y aunque ya han pasado los años, todavía asegura que el recuerdo de esas luces le eriza los pelos.

### Los hermanos mayores

Corrían los años 90 cuando una amiga llegó con una invitación curiosa: unas reuniones donde se hacían sanaciones con medicina alternativa. El grupo decidió ir, movidas más por la dolencia de una de ellas que por verdadera fe. La sorpresa fue que la dolencia desapareció, y eso las llevó a seguir asistiendo. Era una mezcla rara de terapias, misticismo y búsqueda espiritual, algo entre moderno y extraño. Semana a semana, a la misma hora y en el mismo lugar, volvieron al encuentro. Y con el paso del tiempo, lo que parecía un simple alivio comenzó a transformarse en experiencias difíciles de explicar.

De regreso a Rauco, en un colectivo —pues en esos años no había minibuses para el viaje—, todo parecía normal hasta pasar Barros Negros.

Entonces el motor comenzó a apagarse, perdiendo fuerza. El chofer, suando y tieso al volante, pisaba el acelerador sin conseguir nada. Fue ahí cuando una de las mujeres miró por la ventana y vio una luz, grande y brillante, que los seguía desde arriba en completo silencio. Le rogaron al conductor que se detuviera, pero él no quiso, con la mirada clavada en el camino. La tensión no cedió hasta llegar al puente Rauco: la luz desapareció y el motor revivió.

La semana siguiente, contaron el episodio en la reunión. Las guías las escucharon serenas y dijeron que ya lo sabían: eran los "hermanos mayores" quienes las habían acompañado. Atónitas, las mujeres no volvieron nunca más.

### Luces en El Parrón

Muchos aseguran que El Parrón es una "zona caliente" para avistamientos de Ovnis. Este sector, internado en los cerros de Rauco, no está tan lejos del área urbana —son apenas 35 kilómetros que lo separan—, pero su geografía lo vuelve aislado: grandes quebradas, cerros despoblados, caminos descuidados y cuevas peligrosas que durante décadas lo hicieron de difícil acceso.

No extraña, entonces, que circulen allí historias de luces extrañas que cruzan el cielo, así como también en la localidad que le precede, Tricao. Una de las más inquietantes la protagonizó un ex funcionario municipal que solía visitar el sector con frecuencia. Durante la *Semana Parronina*, se dirigía de noche a las actividades de la localidad.

Al final de la cuesta de El Parrón, casi al llegar a la "losa Tricao" en la curva del camino, divisó una luz enorme y potente que parecía venir en dirección contraria. Pensó que sería un camión rumbo a Rauco, considerando el movimiento festivo. Pero al tomar la curva, la luz desapareció instantáneamente, dejando solo un pequeño resplandor inexplicable al costado del camino.

Aceleró en el camino maltrecho, sin atreverse a mirar el retrovisor. Ya en El Parrón, con su familia, el incidente quedó atrás. Sin embargo, cada vez que lo recuerda, la sangre se le hiela.